

Leopoldo Lugones y Juan Carlos Ghiano: antimercantilistas *

En el comienzo de su libro sobre ciertos "aspectos" de Lugones ("Notas para un análisis estilístico")¹ Ghiano nos avisa que la tarea que él se propone realizar supone "no sólo extrema capacidad de regusto artístico, sino también profundos conocimientos lingüísticos, literarios e históricos"... A estas virtudes lujosas, de tipo cultural (entendiendo la palabra en su sentido más estrecho: sensibilidad, espíritu...: "La palabra sólo se comprende por los espíritus, en última instancia por el espíritu que en ella alienta") Ghiano agrega otras de las cuales también se declara poseedor, virtudes éstas cualitativamente toscas: un compromiso *vital* con el objeto de su trabajo, un escritor argentino. Porque "no cabe duda que los estudios sobre escritores argentinos resultan poco tentadores". Ghiano, entonces, y en un golpe de hombría, trastrueca las posibilidades fijadas por la rueda de Virgilio, y saltando por encima de sus propios refinamientos literarios —supuestos por la primera virtud— prefiere oponerse a aquellos que se placen en la consideración de algún "gran escritor europeo, situable en la cantidad valiosa de bibliografía que lo apoya, fuera del recreo estético que exquisiteces² de diversa índole provocan en el

¹ *Lugones escritor*, de Juan Carlos Ghiano (Buenos Aires, Ed. Raigal, 1955).

² "Exquisiteces": señalemos al pasar este feísmo, semejante a una multitud que plagan la prosa de Ghiano. Hay en ella como la voluntad de forzar constantemente el lenguaje con mecanismos que nos recuerdan los de la frase yrigoyeneana. Hay uno bastante común que consiste en tomar un adjetivo, sustantivarlo, y luego pluralizarlo: "exquisito", "exquisitez", "exquisiteces". Dejando de lado los reproches de tipo formal sería interesante preguntarse por el valor del procedimiento. En Ghiano, parece, se trata tanto de oscurecer el sentido de las proposiciones como de dar al fraseo una fachada de riqueza visual, para cargarla de peso afectivo y tal vez, como de una capa de socarronería y virilidad, que como veremos, no está alejada de su concepción de las cosas.

* Publicamos esta nota, redactada hace tres años, porque nos parece que una crítica a Juan Carlos Ghiano guarda íntegro su interés. Esta descripción del borroso pensamiento de Ghiano corresponde en un todo a lo que este autor ha escrito desde entonces (consultense, por ejemplo, sus ensayos publicados en *Ficción*). Por otra parte, entendemos que la "metódica espiritual" de Ghiano tiene un radio de acción que excede el de sus trabajos: en lo que respecta al contenido ideológico, véase por ejemplo, el ensayo *Julián Martel y la ciudad hostil* de A. Pagés Larraya, en *Contorno* Nos. 5-6; en lo referente al método, es suficiente repasar cualquiera de los trabajos de estilística de Raúl H. Castagnino. (*Revista Centro*).

comentarista". A este ascetismo con respecto a lo puramente literario Ghiano suma el convencimiento, entonces, de que: "*Here we must eat our salt or our bones starve/ Here we must live or live only as shadows*"³.

De entrada y de esta manera Ghiano apunta a un público que, en el momento en que se publica su libro, está emergiendo, no sin desconfianza pero con auténtico interés, a la consideración de la realidad de la Nación, y por lo mismo, de la cultura nacional. Ese público, somos nosotros mismos y no es difícil comprender que una gran parte de las artes encantatorias desplegadas por el libro, es a nosotros a quienes está dirigida. Pero habría que hacer una salvedad y limitar la extensión del "nosotros": ¿es posible insertarse culturalmente en una comunidad cuya tradición cultural, hasta la fecha, ha sido una tradición antipopular? ¿Es posible recuperar de alguna manera el sentido de nuestro pasado histórico e insertar en su tradición las posibilidades actuales de una política de izquierda? Preguntas difíciles, sin duda, las que se encuentran simultáneamente oscurecidas por toda la buena fe y buena voluntad que eslogans de izquierda hacen pesar sobre ellas. De cualquier manera: es esta interrogación difusa o este planteo de una interrogación no resuelta, esta lucha nunca demasiado precisa con respecto a su objeto, esta pugna en la cual la izquierda trata de apoderarse de los eslogans de la derecha para darles un nuevo contenido, la que constituye *un nosotros*. Es a nosotros, entonces, a quienes está *dirigido* el libro de Ghiano: no es que este crítico sea un hombre de izquierda, y yo creo que la política no le interesa demasiado, o no le interesa para nada; simplemente que, como trataré de demostrarlo, Juan Carlos Ghiano pertenece a ese tipo de espíritus que deberían ser nombrados "disolventes", y cuya misión no es otra que la de reivindicar, por una llamada a las virtudes de la sinceridad, del carácter, del corazón, de la muerte y de la tierra (virtudes perfectamente de derecha), a esas virtudes mismas, pero tratando de hacer olvidar, casualmente, que son de derecha. Pero su libro tiene para nosotros un pleno interés histórico, y descubriremos en él, cómo se las arregla Ghiano, con una metódica analítica y liberal, para hacernos pasar por la ventana aquellas virtudes de derecha que con toda coherencia no podrían pasar por la puerta abierta por su método. Dicho de otra manera: cómo el crítico adopta a la vez una doble perspectiva, la liberal y la clásica de la derecha clásica. Posición fuertemente sugestiva que hace del crítico un hombre de su tiempo, ya que si él reivindica desde el plano cultural las virtudes de derecha con los métodos espirituales del liberalismo, simultáneamente el liberalismo efectivo y operatorio reivindica hoy en la historia real las virtudes liberales pero con los métodos más desemebozados de la derecha.

³ *Op. cit.*, pág. 8.

Pero Ghiano es ante todo, un espíritu simple, y tal como lo hace sospechar el tono de voz de su prosa, él quisiera despertar en la crítica sobre su obra crítica toda la buena voluntad y el aprecio inmediato de argentino a argentino con el que él mismo justifica esa realidad humana —obra y vida inextricablemente ligadas de Leopoldo Lugones— que a nuestro parecer es, hay que decirlo, perfectamente vituperable.

Sin embargo, el estado de ánimo que Ghiano debe sentir frente a Lugones, estaría originado seguramente en Lugones —y aquí se podría hasta hablar de la “objetividad” de la crítica de Ghiano...— ya que Lugones, como Ghiano mismo, no ha carecido de aquella segunda virtud: la pasión incontrastable por la cosa argentina. O cuanto menos era alguien que “se reconoce escritor de un país y de un tiempo crítico”. Hay una multitud de anécdotas sobre Lugones que justifican las líneas de fuerza del libro de Ghiano, y hay una, en especial, que es de lamentar que Ghiano no nos haya contado.

1913. Lugones regresa de Europa. Pasará un tiempo breve en Buenos Aires y luego retornará a Francia. Entre su llegada y su nueva partida le ofrecen la sala del entonces prestigioso teatro *Odeón* para que pronuncie una conferencia. Lugones acepta. El público espera no sin cierta ansiedad. Sobre todo: ¿de qué hablará Lugones, quien acaba de pasar dos años en el viejo mundo, y que seguramente tendrá más la cabeza allá que en la Argentina ya que muy pronto viajará nuevamente hacia París? He aquí, entonces, que previsible y sorpresivo a la vez, Lugones habla de Martín Fierro. Es que la pasión argentinista había decidido por él y Europa, postergada por las vestales de la geografía, no aparecía en la conferencia más que como un reflejo remoto del “tronco grecolatino” a cuyo desarrollo interno Lugones asignaba el origen de la “formación de nuestra raza...”

A pesar de que Lugones tampoco carecía, por otra parte, de la primera virtud —y en este se sigue pareciendo a Ghiano— “...sus lecturas abundantes y a veces profundas. Pocos textos persistieron en sus predilecciones, pero esta inconstancia aparece parcialmente cubierta por la segura memoria que le permitió lucir, en marcada exageración, el caudal erudito que a su manera de ver le parecía ineludible”⁴; a pesar de las coincidencias Lugones-Ghiano, el autor y el crítico se separan en tanto el primero era “más convincente en la observación momentánea que en la dimensión justificable de lo perdurable”⁵. Efectivamente: “... el pensamiento de Lugones se diluye en la amplitud temática y en la diferencia de personajes impuestos por la novela, mientras logra hon-

⁴ *Op. cit.*, pág. 25.

⁵ *Op. cit.*, pág. 25.

dura en la condensación expositiva requerida por el cuento" ⁶. Y en otro orden de cosas "los dogmatismos nacionalistas (de Lugones) tienen origen antiguo en su pensamiento, apenas despejado del humanismo socializante de la primera hora; por esto mismo, *nunca alcanzó la universalidad* que lo hubiese colocado en el nivel de los pensadores europeos contemporáneos" ⁷. Se debería decir entonces, redondeando estas indicaciones de Ghiano, que tanto en el modo que Lugones tenía de percibir el mundo como en su modo de vivir, no lograba sobrepasar el nivel de lo inmediato, y que le era imposible establecer relaciones del conjunto, que estaba incapacitado para dar el gran alto que va de las conductas analíticas a las conductas sintéticas o que, como los monos de Köhler, y por decirlo así, Lugones estaba capacitado para construir el instrumento cuando tenía el alimento a la vista, pero que no sabía conservar el instrumento para integrarlo en un nivel superior a una visión totalizadora de las cosas. Por una carencia tal vez connatural Lugones estaba incapacitado de alcanzar las potencias de lo universal, y porque lo sabía, o porque no lo sabía pero lo sospechaba, intentaba reemplazar ese universal que se le negaba con una llamada angustiosa a las potencias líricas, las que no siempre respondían, y esto en cambio por culpa del propio Lugones, quien no habría "ahondado" lo necesario en lo lírico: "la escasez de notas lírica y la constante detención en lo descriptivo pintoresco o en lo estrictamente narrativo" ⁸. En cuanto a la épica y a pesar de *La guerra gaucha* Lugones no habría tenido mejor suerte ni inteligencia con ella. Espíritu de extremos, Lugones no habría sabido sin embargo comprometerse demasiado con "soluciones" a lo Rondó o a lo Darío, y esto tal vez como consecuencia comprensible de su afán por individualizarse, afán que a su turno marchaba parejo con sus inclinaciones por el mimetismo... (?) Aquella "constante" lugoniana se manifestaba también en su libro sobre Sarmiento: "En las semblanzas históricas —nos explica Ghiano con razón— vale más el análisis de *algunos aspectos* del biografiado que el juicio impuesto por su *total valoración* —por ejemplo el estudio del escritor o del educador Sarmiento— que la representación del procer en la historia americana" ⁹. Y dos renglones más abajo y siempre con razón Ghiano nos indica que "tales actitudes desvirtúan, cuando no confunden, la solución que deben alcanzar los temas, o se adelantan en tesis resumidas apodícticamente".

Saludemos al pasar esta descripción que Ghiano hace de los "errores" de Lugones, puesto que, incambiados, los encontraremos en el crítico. La diferencia consistirá en que este último, haciendo uso del conocidí-

⁶ *Op. cit.*, pág. 29.

⁷ *Op. cit.*, pág. 27. Soy yo quien subraya, lo mismo en adelante.

⁸ *Op. cit.*, pág. 23.

⁹ *Op. cit.*, pág. 29.

simo procedimiento del tero, se muestra al lector totalmente consciente y reflexivo sobre eso que en el pasado, para Lugones, habria sido un modo puramente reflejo de valorar, de percibir, de pensar y de actuar. ¿Se trocará la ventaja que Ghiano parece detentar sobre Lugones en efectiva diferencia?

Ghiano-crítico se coloca frente a Lugones-objeto-de-su-crítica. En el primer momento, y como consecuencia tal vez de la criptoneutralidad del crítico, Lugones se expande en una serie de hechos particulares: Lugones-poeta, Lugones-helenista, Lugones-naturalista, Lugones-historiador, etc. Sin embargo, he ahí el objetivo limitado de Ghiano, que salva la situación y reordena las barajas: Lugones-escritor y Lugones-hombre. Y esto gracias a la especialización de Ghiano quien es solamente crítico literario. Pero cuando todo parecía resuelto, he ahí un nuevo desorden dentro del orden conquistado: "Situación de Lugones"¹⁰, "El lenguaje", "El modernismo", "La expresión poética", "La guerra gaucha", "Lugones en la literatura argentina". Estos últimos Lugones, como veremos, detentarán cada uno una dignidad aislada, y a la vez habrá una significación unitaria de esas significaciones incomunicables: el título del ensayo, o la zona de significaciones a que ese título se refiere, será el lugar de la unificación. Es decir que para Ghiano la vida de Lugones no podrá separarse de su obra de escritor, y la "dignidad" de la primera deberá ser medida con el metro de la dignidad de la segunda, lo que en principio no es desacertado, en tanto que un estilo de escritor, se lo sabe, reenvía a una concepción del mundo. Y si algunos críticos proponen como método para alcanzar la significación última de cada estilo el comenzar por desentrañar esa concepción que la obra esconde, no habría inconveniente,

¹⁰ Ghiano usa un término, *situación*, que tiene, a pesar del uso generalizado que hace de él la crítica contemporánea, un sentido bastante preciso. Acuñado por la filosofía alemana ha precisado su oposición a la estética positivista a través de los contactos de la fenomenología francesa con la literatura. Ghiano, después de estampar el término, habla a menudo de "temperamento" para referirse a las determinantes individuales que fusionadas con las que le vienen al individuo de su tiempo, explican el significado de la obra de ese individuo en ese tiempo determinado. Procedimiento que termina seguramente con toda idea de libertad individual y con la noción misma de *situación*, con respecto a la que se define la primera. Las acciones individuales, comandadas por el temperamento del individuo, y determinadas a la vez por los imperativos de su tiempo (los que el crítico escoge por tales), se convierten en el lugar de la cristalización puntual de una libertad sandwich, ahogada entre lo histórico y lo psicofisiológico. Es imposible entonces no pensar en Taine. Yo no conozco nadie, excepto el profesor Castagnino, que haya usado de este método con menos conciencia crítica que Ghiano. Como Taine está envejecido, el crítico, en vez de hablar de "medio ambiente" o de "clima histórico" o de "costumbres" (aunque a veces lo hace también), habla de situación. Nos aclararía mucho el que Ghiano escribiese un ensayo —o más simplemente un artículo corto— en el que nos explicara qué entiende él por "situación" y la relación de esa noción con la de libertad individual.

y sería aun recomendable, el comenzar el camino a la inversa: partir del análisis del estilo y de la descripción de sus significaciones inmanentes. Por momentos pareciera ser esto último el propósito de Ghiano. Estilo y concepción del mundo, obra y vida de un autor: Ghiano, que habría asimilado las enseñanzas de ese error central que él imputa a Lugones, entendería que no se trata de zonas de significaciones opuestas o inconciliables, ni de naturalezas diferentes, sino de manifestaciones de un único proceso instaurador de significación. Como no se nace hombre sino que se lo deviene y como tampoco se es escritor de nacimiento sino que escribir es el modo en que una libertad se encarna en las cosas y como esa elección se confunde con la imagen del hombre que una intención humana quiere hacer entrar en el mundo; como hacerse escritor no es más que una manera de *hacerse* hombre y como un escritor no tiene otro modo de conseguirlo que a través de aquello que escribe; no se podría entonces hablar de la vida de un autor sin vernos remitidos a su obra, ni sumirnos en su obra sin emerger en la superficie de su vida. Hoy, en fin, es una idea vulgar el que no hay ni puede haber separación entre la vida y la obra de un autor, y Ghiano, al menos cuando declara expresamente su método, se suma a ella... Pero también es cierto, parece decirnos Ghiano, que nadie escribe las veinticuatro horas del día... Lo cual, sin embargo no tendría importancia tratándose de Lugones: "la persistencia del escritor impone un hecho ejemplar dentro de las dificultades cotidianas en que se desarrolló su vida..."¹¹. Pero por otra parte, y aun aquí, hay párrafos de Ghiano que no dejan de inquietarnos: "Lo ejemplar lugoniano radica no en las variantes de retóricas que despliega su obra, sino en la formación responsable que propone a nuestro hombre de pensamiento, para ahondarse en conciencia vigilante"¹². ¿No será que Ghiano, quien dice pretender extraer la *significación* Lugones del estilo del escritor, comienza por dejar que esa significación se le fugue de la obra? Y en otro lado Ghiano escribe: "...voluntad ejemplar, la de Lugones, *no sólo* de escritor, sino también de hombre"¹³. ¿No se siente aquí como la presencia de una voz minúscula que nos soplara al oído: para que el hombre *a veces* pueda coincidir con el escritor, es preciso que el hombre *no sea* el escritor. ¿Cómo debemos entender ese "*no sólo*"? Pero no debiéramos pecar por un exceso de susceptibilidad y debemos dejar que paso a paso, esas dos palabras se nos revelen en lo que son. Y no son otra cosa, así como en las novelas de Balzac una media arrugada en el tobillo concentra el sentido de la comarca entera, que la

¹¹ *Op. cit.*, pág. 24.

¹² *Op. cit.*, pág. 33.

¹³ *Op. cit.*, pág. 29.

expresión concentrada del método nada riguroso y analítico del crítico, con el cual se nos querrá introducir en la "alta" significación del autor...

Otros críticos de Lugones —nos dice Ghiano, empleando siempre el método del tero— sólo han sabido ver el "anecdotismo menudo y las referencias pintorescas de quienes lo conocieron en vida, (las que) dificultan la comprensión *total*, tanto como las exclusiones con que *cada sector* de la política argentina trata de justificar el momento en que Lugones defendió con vehemencia una actitud que reconocen como la más aproximada a su respectiva prédica"¹⁴. Y Ghiano sigue teniendo razón. Todos los que alguna vez nos hemos preocupado por Lugones hemos tenido que leer el número que *Nosotros* le dedicaba a raíz de su muerte. En él se nos hablaba con cariño y simpatía de los "errores" de Lugones, o de sus opiniones políticas equivocadas, o del tono de su voz, o de su manera marcial de caminar. En las primeras páginas de aquel número había un artículo de Bravo, quien hacía de Lugones —seguramente en homenaje al socialismo abandonado por Lugones— una figura ejemplar. Pero el caso de Bravo es perdonable, ya que no le interesaba tal vez más que dos cosas de Lugones: Lugones prestigioso poeta, Lugones había sido, alguna vez, socialista. Ghiano, en cambio, permanece libre de compromisos políticos. ¿La evolución del pensamiento político de Lugones? ¿La "extrema" derecha en que culminó aquella personalísima evolución? Ghiano no se conmueve: la evolución política del poeta no es para el crítico más que uno de los aspectos parciales de Lugones, y nada más que aspecto parcial. Aquel catolicismo extremo de extrema derecha —condenable sin duda...— no ha sido tal vez más que el *producto* de la historia personal de Lugones, y por lo mismo, no imputable a su responsabilidad: porque "si el Lugones de juventud se hubiese comprometido totalmente en las posibilidades de la política —nos explica Ghiano— quizás el desarrollo de su pensamiento se hubiera esforzado en dirigir a observaciones consecuentes las observaciones nacionales, desdeñando la interpretación apasionada en teorías de fácil controversia"¹⁵. Y si hay así una explicación de aquel nacionalismo de Lugones que viene de las propias decisiones de Lugones, hay también una explicación que le viene del "*país*". Las crisis lugonianas eran desatendidas por el país... en momentos en que "la seguridad de los mercados europeos apareció como afán mayoritario en la vida de la Nación"¹⁶. Los ojos de "la Nación", recubiertos de pronto por la gelatina "mercantilista", abonaban con la mirada el terreno de los grandes errores; al mismo tiempo la edad del "dinero" y de los "intereses bajos" no hará la suerte de esos seres olvidados, los es-

¹⁴ *Op. Cit.*, pág. 21.

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 30.

¹⁶ *Op. cit.*, pág. 27.

critores: "Nuestros escritores nunca han ido populares". Y tal vez por resentimiento hacia el país entero que se desprecupaba de los desgarramientos de los hombres de espíritu, ¿por qué no? —aunque éste no habría sido totalmente el caso de Lugones— o tal vez por una fidelidad insobornable a los propios principios —principios que contenían seguramente una fuerte dosis de desprecio admonitorio por los caminos que "el país" se encaprichaba en seguir, principios espirituales sin duda— los escritores no han podido gozar de la suerte de aquellos "que más han hecho por halagar las predilecciones mayoritarias (...): los boxeadores, jugadores de fútbol, cantores de tango, automovilistas"¹⁷. Ghiano cita entonces, en serio, las brutales, lúcidas, acusadoras, doloridas, lloriqueantes, enternecedoras, etc., palabras de Carlos Obligado: (sic) "desechemos ilusiones sobre el prestigio de lo intelectual o moral en nuestra República (...). Ya lo comprobaremos (...) el día que ¡al fin! hayamos obtenido en algún circo estadounidense el campeonato mundial de *peso pesado*; y Buenos Aires entero se apretuje en la dársena; y un gigantón membrudo y microcéfalo sea recibido de vuelta entre nosotros con mucho mayor algazara y democrático delirio, que si hubiera resucitado en el extranjero y regresado al país, por el más urgente de los milagros, el mismísimo Rivadavia o el propio San Martín"¹⁸. Situación que habría tenido seguramente doble peso sobre Lugones, quien por momentos, o fundamentalmente, se sentía "ser él mismo el país", como dice Ghiano. Situación que habría conformado una de las "constantes del espíritu" de Lugones: "La adhesión a las minorías dirigentes, en todos los aspectos de la sociedad, y el rechazo de las opiniones gregarias"¹⁹.

Este afán aristocratizante de Lugones nos reenviaría así a una cierta "dignidad", inseparable de la figura del poeta y a las razones de un espíritu obligado a rechazar la "materialidad" de un país "materialista" que lo rechaza. La historia de su evolución hacia el nacionalismo "político y cultural de bases estrechas" (he aquí a Ghiano coqueteando con un nacionalismo que criticaría al nacionalismo de derecha), es decir, la historia de la acción recíproca entre un individuo equivocado con un país desencaminado, no sería entonces otra cosa que la historia de las apariciones de aquella "dignidad". Y dignidad aquí no quiere decir sino desesperación: esa desesperación vital que constituye, por decirlo así, una de las seguras "constantes" del espíritu Lugones-Ghiano; su debilidad central: la desesperación por "la Nación", por la suerte del país entero, esa preocupación superior que Ghiano no cesa de mentar en Lugones cuando dice, como veremos, que los errores o las contradicciones de Lugones

¹⁷ *Op. cit.*, pág. 27.

¹⁸ *Op. cit.*, pág. 27.

¹⁹ *Op. cit.*, pág. 31.

son las del país mismo y viceversa; esa asimilación de biografía e historia a la que tanto nos tenía y nos tiene acostumbrados Martínez Estrada (la suerte de Hernández fue la suerte de Martín Fierro, esa confusión y consubstanciamiento metafísico del personaje con su autor y de esa doble figura con el país entero; o Sarmiento, condenado al fracaso —siempre según Martínez Estrada— porque era el país mismo el que llevaba en sí la marca imborrable de esa condena). Así, la historia Lugones-Argentina²⁰ tendría según Ghiano tres etapas fundamentales: a) la “preocupación central” de Lugones es la de “superar la crisis espiritual del país” que se encontraba “entregado a exclusivos compromisos económicos”; Lugones propone la “veneración desinteresada de la antigüedad clásica, civilización que abriría a la nuestra las perspectivas acatadas por el cristianismo”; b) hacia “los años contemporáneos a la primera guerra mundial” toda problematización de los acontecimientos así como toda respuesta, debieron apuntar, según Lugones, a considerar la contienda de acuerdo a lo que ella era esencialmente: “una oposición entre dos actitudes” o más exactamente, entre dos *substancias*: “la latina y la germana”, y en tanto los términos de la antimonía aparecían como demasiado desiguales no se habría podido adherir al primero de ellos, considerando, sobre todo, “las disposiciones de nuestra raza”; c) Lugones se define finalmente a favor de las “dictaduras militares”. *La Patria fuerte* es de 1930, sincrónicamente ¿no se definía al país por lo mismo?

Pero aquella rara dignidad lugoniana que sobrevuela por encima de las opciones políticas, ya que posee una senda privada —esa desesperación por el país, esa preocupación nacional— tiene en tanto dignidad inquebrantable, otras fuentes.

Una de ellas será el suicidio. O el cristalino hilo de agua que guió los pasos de Lugones hacia él. Lugones nunca “desfiguró” su dignidad en “propósitos encubiertos”, o lo que es lo mismo, la falta de ese tipo de propósitos robustece su dignidad. No habría que olvidar que las “cualidades de Lugones —previsibles en un temperamento *ahogado por un tiempo hostil*— fueron apagándose en un país que tanto se le parece

²⁰ Esta asimilación de biografía e historia parece ser una fuerte tentación ante la que sucumben muchos de nuestros intelectuales. En la revista *Contorno* (Nº 7-8) el lector podrá encontrar la acertada descripción que hace Eliseo Verón del libro de Víctor Masuh. Este autor, empujado quién sabe por cuál impostergable carga espiritual, asimila el espíritu de Hostos al de América, y en tren de asimilaciones, a la historia efectiva del continente. Hostos-América, Sarmiento-Argentina, Facundo-Argentina. Se podría tal vez rastrear quién fue el inventor de este juego que se sostiene a una tan alta presión del espíritu y que supone la más gruesa metafísica substancialista. Sarmiento, entiendo, ha tenido mucho que ver, y más acá, el propio Lugones y todas las formas de nacionalismo. Pero quien con mayor confusión y talento verbal lo ha llevado al colmo de la tensión es seguramente Martínez Estrada.

en cualidades como en defectos”²¹. Como el país mismo a veces, y en contra del país otras veces, Lugones hablaba claro y directo; y a pesar de haberse equivocado abundantemente, tenía la valentía del reconocimiento: sus cambios no eran sino un modo público de confesarse. Y aquí Ghiano acepta ver a Lugones como Lugones se veía a sí mismo, o decía verse: “Yo me hago mi ley, me la doy y me la quito. Si tengo alguna autoridad moral, de eso me viene” (*Mi beligerancia*)²². Y aun, y en el extremo, y cuando Lugones se justificaba, la autojustificación no testimoniaba sino de la responsabilidad lugoniana, de la dignidad de una conciencia que se sabe responsable. ¿Su desprecio por la masa, por la “turba”, su odio a las multitudes? Ghiano anota las palabras de Lugones: “La historia del individuo superior ha de limitarse al estudio de las prendas y defectos peculiares que constituyen su entidad de tal. Lo que tenga él de común, no vale el tiempo que se emplearía en narrarlo. Basta, al efecto, con decir que fue *un hombre*. La exhibición de vulgaridad en que lo contrario redundaría, es pedantesca y demagógica” (*Roca*). Y por su parte Ghiano agrega: “Con sus contradicciones supo vivir *en nobleza de conducta*, que le permitió gritar sus críticas, arrojándolas con la autoridad que sólo se alcanza en constancia de vida digna”. Esta dignidad cuerda que es como una piel que recubre una carne loca, esta fidelidad prostituida que pareciera, en un movimiento de grandeza, insuflado un tanto a contrapelo por Ghiano, levantarse desde y por esa misma prostitución, “aquella necesidad de cambiar de ideas políticas era la consecuencia de la necesidad de pasar de un paisaje a otro”, como se ha dicho de Lugones, no podía conducirlo al suicidio, el que de contragolpe y en la misma línea significativa, se convertiría en la piedra indestructible, en la muestra más preclara y terminante de su dignidad: “El suicidio del neófito es el resultado inevitable de un espíritu entregado con exclusividad a los avatares de la búsqueda (...) la dispersión de etapas lo destruyó con la crueldad de un juego lúcido pero insoluble”. La consistencia de su dignidad que no se distingue de las inconsistencias de sus conductas, de sus cambios políticos, los que a su turno no eran más que la manifestación de su fervor por lo argentino, terminó por destruirlo: Lugones sería una víctima doblemente víctima por haber sido víctima de su propia dignidad. “Sin egoísmos, sin desmedros personales, con plena libertad responsable, había elegido sus soluciones; en la misma manera dispuso de su vida. No vale el encubrimiento de su definitiva elección, sino entroncarla en fidelidad consigo mismo”²³. Pero entonces, lo que Ghiano se olvida de decirnos, es que esa autofidelidad,

²¹ *Op. cit.*, pág. 23.

²² *Op. cit.*, pág. 33.

²³ *Op. cit.*, pág. 33.

al alcanzarse a sí misma a través del suicidio, se separaba del país... O dicho con menos cuidado: que mientras Lugones se suicidaba, el país seguía andando...

Empastado por arriba por alguna substancia supraindividual que variaba de nombre según la época —tal como Lugones había querido que se lo viese— y deglutido desde abajo por el flúido amorfo, como por un vapor denso de azufre hirviendo que determinaba el ritmo del pulso mismo de Lugones, y que Ghiano llama "país", "Nación", "preocupaciones nacionales" —tal como el entusiasmo aprendido (en Martínez Estrada) del crítico escoge ver a su autor—, la imagen resultado de esas dos imágenes superpuestas que Ghiano nos propone de Lugones, pareciera, por un fenómeno de falsa perspectiva, coincidir con el objetivo al que dice apuntar el método crítico de Ghiano: tratar de entregarnos una imagen *total* de Lugones, una *synthesis totalitaria* de la significación de esa realidad humana que se llamó Leopoldo Lugones. Mucho tememos que Ghiano confunda voluntariamente superposición y síntesis. Que cuanto más, y fiel a la letra de sus propias palabras ("Vida y literatura en entremezclada consideración") Ghiano no logre sino mezclar con una sospechosa objetividad, la que en él se da la mano con la peligrosa pasión argentinista, los aspectos particulares de esa significación global. A propósito de la prosa lugoniana, por ejemplo, encuentra que muchas veces el escritor no era guiado más que *por el deseo de asombrar al lector*; y a propósito de la poesía describe sin mayores comentarios las inclinaciones formalistas del escritor. Formalismo y afán de causar asombro que no sería difícil descubrir en otras zonas de la existencia concreta de Lugones, por ejemplo, en su pensamiento político o en sus relaciones "cotidianas" con los demás. ¿Esas "constantes" del espíritu de Lugones que Ghiano no deja trascender del nivel puramente literario, no constituirán el *estilo* Lugones? ¿Estaremos aquí lejos del corazón de aquella unidad de significación que buscábamos? La idea perturba al crítico, el que rápidamente y para enturbiar lo que sería evidente para un niño, estampa sobre el papel: "Mientras se le continúen retaceando respetos y consideraciones, no se podrá aprovechar su lección perdurable". De cualquier modo: ¿cómo integrar en una "visión de conjunto" ese pesado prejuicio de la dignidad lugoniana? En fin, estamos tentados de decirlo, Ghiano, no es un fenomenólogo... ¿Cómo conciliar esa consideración para con Lugones, con la "objetividad" imprescindible para sujetarse al análisis del verso y de la prosa del autor, análisis que nos podría conducir, tal vez, a la evidencia de que en el fondo de Lugones vivía algo que no podría ser exactamente llamado dignidad. Pero detengámonos: la objetividad absoluta es imposible, y en verdad sólo se define en relación a la subjetividad. Y es cierto: la obra de un autor muerto es toda-

vía la obra de un hombre que vivió y aun si decidiéramos *contemplantela*, no podríamos hacerlo desde afuera de la *situación* a la que emergemos en contacto con su obra. Y en tanto el modo que el hombre tiene de vivir su vida no es sino existirla y como el sentido más irreductible de toda existencia no es otro que el intento de traer un *sentido* al mundo, fundar al final y en el extremo de sí misma esa esencia de la que en principio ella se ha visto expulsada, tratar que el mundo se abra a esa significación con la que quisiera fundirse y dejar establecida para siempre y para todos; y como a la vez, y a nuestro turno, nosotros mismos estamos en eso, yo mismo estoy en eso, basta entonces que escuche el nombre *Lugones* o *Mitre* o el melodioso nombre *Verlaine* o cualquier otro, para que acuse el impacto, para que algo se mueva en mí de un modo que me avisa que esos nombres son *inmediatamente* algo más que simples nombres colgados del mundo neutro e inexistente de la pura objetividad. Así, aquella existencia terminada de Lugones, aquel muerto y aquella obra encerrada en la existencia cosística de las ediciones, me hace señas desde el interior de esas cosas, se levanta en su significación como apuntando hacia mí, se vuelve contra mí, se coteja conmigo para obligarme a que yo la acoja o bien, a que la rechace. Pero en ambos casos, y puesto que el sentido de mi vida está aún en suspenso, ya que aún vivo, la significación terminada que se desprende de una vida terminada me valoriza a mí antes que yo la valorice a ella. No son los vivos los que lapidamos a los muertos sino los muertos, quienes, a cada instante, pretenden lapidar a los vivos. No se tiene de antemano ni mucha ni poca consideración por Lugones, y de antemano, tal vez, no se la tiene absolutamente. Antes del respeto y de la consideración, antes de la deliberación, de la decisión y de la voluntad, está el *sentido* que cada uno de nosotros busca dar a su vida propia y el que Lugones *dió* a la suya: el bosquejo de diálogo en que se relacionan desde su primer roce, y se reclaman recíprocamente. Así, y en mi propio caso, por ejemplo, y desde mi primer *contacto* con la obra de Lugones y con las noticias que como en sordina me llegaban desde el pasado sobre su vida, me he sentido tocado —y atacado— por ese “orgullo esencial” de Lugones, como dice Ghiano en tono indiferente y huecamente descriptivo. Aquel orgullo que creo ver claro, no puede ser otra cosa que el revés de una constante decepción por sí mismo. Lugones ha escrito: “no hay civilización completa sin latinidad; o mejor dicho, la civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico contenido esencial; y por lo mismo, también el cristianismo perfecto es el católico romano”, frente a lo que sería lícito preguntarse si esas palabras podrían tener algún eco en aquel que las pronunciaba. Ese modo de razonar, no se me escapa, esconde mal un odio virulento y enfermizo al más mínimo y verdadero movimiento de la razón. Y más exactamente: no lo esconde, sino que por el contrario

lo exhibe. Lugones cuando desazonaba de ese modo no buscaba más que causar sorpresa, un tipo de sorpresa muy especial. ¿No se siente como un desafío en ese fraseo sostenido por la voluntad de hacer pasar públicamente un sofisma por un razonamiento? Y por detrás de ese desafío, ¿no habría algo así como el propósito de hacer ver que si razonaba así, sin impudicias, tan abiertamente contra la razón, era porque lo hacía constreñido por un gran sollozo interno, por el peso de un grueso dolor que lo obligaba a no poder hacerlo de otro modo? Los silogismos pasionales de Lugones pretenden introducirnos en la supuesta existencia de un poderoso dolor interior. Cada frase lugoniana tiene tal vez esto de común con todas las otras: intenta mostrar que un dolor inefable impide el razonamiento. . . , y creo que no sería difícil demostrar que el *projecto* secreto de Lugones consistía en la aspiración a convertirse en *objeto de culto*. La *elección original* de Lugones podría ser definida por el intento de dar absoluta importancia al ser-para-los-otros en detrimento del parásito, pero hipostasiando la libertad de este último sobre la superficie del primero. Quiero decir: Lugones podría ser comprendido pensando en alguien que intentara sostenidamente crear, sobre los ojos de los otros, una imagen de sí que para él mismo no tendría ningún significado. Asombrar, sorprender, fascinar al otro: tal la búsqueda de alguien que pretendía que los demás, desde afuera, le fundaran ese ser que sólo puede ser sostenido por uno mismo; tal la estructura de comportamiento que hoy los sociólogos han bautizado con el nombre de mentalidad antidemocrática; tal el impulso que arrastraba las conductas a las que Lugones se entregaba y que no podía no llevarlo hacia un fracaso estrepitoso —fracaso que tal vez él no haya podido no prever, y que hace pensar en la posibilidad de que él mismo lo presentía, y no sin cierta alegría, como sabiendo que ese fracaso no era más que otro medio, el más afinado, el más desesperado, y *desesperante*, y por eso mismo el mejor, de alcanzar en el extremo de la tensión el asombro de los otros, de fundar un universo de *otros fascinados*. Pero yo no he dejado de preguntarme: ¿cómo se movía Lugones, cómo caminaba, cómo devolvía la mirada a los otros, como se tocaba la cara cuando se sentía mirado? O bien, ¿qué hacía Lugones cuando estaba solo? A un obispo, nosotros podemos imaginarlo: cuando está solo se pasea tal vez por la nave de su catedral, se desliza sobre las alfombras, vigila que las imágenes estén enfundadas, o se deja descansar sobre algún banco de madera desgastada por el roce de multitudes de cuerpos que se han apoyado en él y que han ido a llevar a la catedral el silencio y el recogimiento de sus almas. Un obispo tiene medios eficaces de ocultarse que tiene un interior: si las palabras que dice a los fieles no llegan a tener ninguna resonancia para sí mismo, siempre podrá recogerse dentro del silencio de ese gran vacío entre pa-

redes que es un templo y revestir de este modo su silencio interior. Un obispo habita su silencio interior con silencio... Pero, ¿y Lugones...?

¿Respeto? Respetar a alguien no es sino una decisión a posteriori que se toma cuando se ha comenzado por coincidir con él. Si Ghiano puede hablar de respeto será porque en lo esencial ha decidido acoger el espíritu de Lugones, ¿pero suscribiría él estas palabras de Lugones? "Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir, al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad". Tal vez, no. Pero entonces, ¿cómo puede hablar de "dignidad" a propósito de Lugones? ¿Y de respeto? ¿Cómo hace Ghiano para que la presunta dignidad de Lugones, se asimile, en su espíritu, al rechazo que él tal vez siente por ciertos aspectos de Lugones? ¿Se envaselinará Ghiano el espíritu para asimilar esos "aspectos"? Es lo que pensamos cuando escribe: "su dignidad lo sostiene y explica, aunque no siempre lo justifique"²⁴. Y era aquí donde queríamos llegar. Se ve a la luz de estas palabras cual es el método de pensamiento de Ghiano. La dignidad, esa virtud burguesa, que tan buena pareja hace con la virtud abstracta del honor, Ghiano la coloca como el bello ingrediente junto a otros ingredientes que harán por acumulación esa totalidad de sentido a la que pretende llegar. Anotemos que para hacer de la dignidad un *ingrediente*, ha tenido que pasar por un proceso de abstracción, en el cual la virtud es lo que queda del acto cuando se lo ha limpiado de su contenido. El acto: las opciones de Lugones o las frases en las cuales recomendaba la esclavitud de las clases bajas. El contenido: el hecho de recomendar la esclavitud. La virtud: el ser sincero y recomendar lo que recomendaba. ¿Una imagen *total* de Lugones? Bien: la imagen sintética que se nos había prometido no responderá en su estructura sino a lo que la química entiende por *síntesis*. ¿Lugones? Bien: dignidad, "nacionalismo de bases estrechas", "soluciones de fácil controversia", fidelidad, fidelidad al país, inconsecuencia, autofidelidad, mimetismo, postulación de pureza, afán de asombrar, formalismo poético, épico y lírico a la vez, ni épico ni lírico, "diverso entre contrarios", etc., etc. De la mezcla de esta multitud de *elementos* particulares surgirá Lugones... Cada uno de ellos se dispone junto a los otros en una relación de simple contigüidad, sin compenetrarse los unos con los otros, o bien, compenetrándose pero de tal modo que cada uno no pierde en el contacto la cualidad específica que lo caracteriza. El honor, la fidelidad, o la dignidad sin contenido, podrán convivir por ejemplo junto a actitudes del más bajo restacuerismo intelectual o espiritual o político, sin dejar de ser lo que son: honor, fidelidad, dignidad. Como en las

²⁴ *Op. cit.*, pág. 34.

ciencias analíticas: de una síntesis de elementos siempre se podrá retornar por análisis a obtener cada uno de los elementos por separado. Dos partes de hidrógeno y una de oxígeno hacen el agua y partiendo del agua siempre se podrá obtener dos partes de hidrógeno y una de oxígeno. Voltaire, que estaba en época²⁵, hacía de Luis XIV una figura loable, atendiendo al impulso dado por el monarca al teatro y a la lengua francesa: la matanza de protestantes de la cual el monarca era responsable no constituía más que uno de los *aspectos* ("relativos") del *hombre* Luis XIV. ¿Cómo no percibir el fuerte acento volteriano cuando Ghiano habla de "dignidad que lo sostiene y explica pero que *no siempre* lo justifica"? Ya antes habíamos encontrado una expresión semejante: "*no sólo*"; ahora tenemos: "*no siempre*". No siempre, Luis XIV había sido fiel a esa figura plantada en el centro del siglo más glorioso de la cultura francesa... Pero hoy sabemos del pensamiento de Voltaire que, si por un lado preparaba los acontecimientos del 89, al mismo tiempo no era más que ideología. Aquel modo de pensar había de ser el germen que resquebrajara la armazón espiritual de la última faz del feudalismo, y constituiría el movimiento de ideas que acompañaría la caída de la monarquía absoluta y simultáneamente el ascenso de aquella clase "impúdica, directa y brutal" que en posesión de los medios de producción haría la revolución para sí. La verdad de la transformación de los medios de producción y el dinero había hecho añicos el *espíritu sintético* y el *análisis* irrumpiría definitivamente en el mundo. De aquella bella e inextricable mezcla de naturaleza y misticismo que había surgido en el Renacimiento sólo se conservaría la naturaleza, analizada e hibridada de humanidad. No me toquen la naturaleza humana, exclama desde entonces la burguesía en todos sus períodos y en todas sus manifestaciones. Y si se quisiera tener la evidencia del significado ideológico de esa metódica, bastaría recordar la pintura que hiciera La Bruyère del campesinado de la época y cómo se respondía a ella: "Animales huraños, machos y hembras... negros, lívidos y todos quemados por el sol «viviendo» en cubiles... de pan negro, agua y uvas"²⁶. Pero Voltaire detentaba el prestigio del método capaz de expulsar de las conciencias el recuerdo de las realidades desagradables. Veamos —enseñaba— no hay que confundir, es preciso separar, colocar cada cosa en su lugar, hay que analizar... Y escribía: "Los campesinos viven del trabajo de sus manos y *ello ocurre en todos los países del mundo, donde la mayoría debe vivir de su esfuerzo*", y concluía: "La talla proporcional, substituida a la arbitraria en algunas provincias, ha contribuido asimismo a cimentar la for-

²⁵ Usamos de este tipo de ejemplos históricos por su comodidad y por su significación fácilmente comprensible y probada.

²⁶ Citado por A. Maurois: *Historia de Francia*.

tuna de los cultivadores que *poseen arados, viñedos y jardines*. El bracero, el obrero, *debe ser reducido* a lo necesario para el trabajo: tal es la *naturaleza humana*"²⁷. Pero Voltaire era consecuente y sólo fanfarroneaba con aquello que constituía lo que él verdaderamente era, el análisis es todopoderoso decía, denme el padre nuestro separado en estrofas y verán en qué lo convierto. Ghiano, en cambio, es un volteriano inconfesado, y bajo promesa de entregarnos el "*espíritu*" total de Lugones, usa en cambio el método de las estrofas aisladas: se parece bastante a un prestidigitador que metiera en una caja al conejo vivo para sacar inmediatamente un conejo muerto y algunos agradables pañuelos de colores. Sin embargo podría ser que hubiera en Ghiano alguna coherencia: "Muerto, ha escrito Borges en una frase desgraciada, Lugones tiene derecho a que lo juzguen por su obra más alta". Muy parejamente, ¿no le interesará a Ghiano esencialmente dos cosas de Lugones y solamente dos? La primera: que Lugones ha muerto; la segunda, que aquel muerto fue nada más, pero nada menos, que escritor? Por otra parte, y ya que es seguro que Ghiano ama sobre todo en Lugones el desprecio que aquel *soportaba* por el "mercantilismo", por los intereses personales, por el dinero, ¿sabrá Ghiano en cambio que el método crítico que él emplea en su estudio de Lugones y que deja entrever claramente su propia metódica espiritual y su modo de pensar, es la réplica exacta de aquel que hizo la suerte de ese "mercantilismo" —y no solamente en el plano de los feos intereses individuales— y que hasta hoy, y desde donde la historia se apoya con las ideas, no ha dejado de sostenerlo? De cualquier manera queda este interrogante: Ghiano, ¿es de mala fe o se desconoce a sí mismo? Cualquiera sea la respuesta es preciso colocar a este crítico entre los peores escritores argentinos.

Buenos Aires, Junio de 1956.

²⁷ Voltaire, *El siglo de Luis XIV.*